

# Sobre el anarcocapitalismo (IX): en torno a la omnipotencia del estado

**Miguel Anxo Bastos Boubeta<sup>1</sup>**

<sup>1</sup>Departamento de Ciencia Política y de la Administración, Universidade de Santiago de Compostela,  
Praza do Obradoiro, s/n, 15782, Santiago, Galicia, España

[miguelanxo.bastos@usc.es](mailto:miguelanxo.bastos@usc.es)

SCIHUM: Revista de Cultura, Ciencias y Humanidades

Sección: Economía y Sociedad

Año 2026, Número 1

## Resumen

Carl Schmitt y la tradición realista muestran que, aunque los gobiernos se presentan como capaces de gestionar cualquier crisis mediante expertos y datos oficiales, en la práctica su poder es limitado. Ejemplos recientes, como incendios, inundaciones (DANA) o la pandemia, evidencian que los recursos humanos y materiales son insuficientes para atender emergencias extraordinarias, y la calidad de los servicios públicos varía según la región y la experiencia del personal. Además, la percepción de protección estatal puede generar dependencia y desincentivar la autoprotección de la población. La sociedad civil también desempeña un papel crucial, y la eficacia del Estado no debe sobrevalorarse ni confundirse con omnipotencia. En definitiva, la gestión estatal está condicionada por limitaciones prácticas, logísticas y estructurales, y la verdadera capacidad del gobierno es siempre parcial y dependiente del contexto, especialmente ante catástrofes o situaciones extremas.

**Palabras clave:** Anarcocapitalismo, libertad individual, mercado y estado, política, economía y sociedad

## **Sobre el anarcocapitalismo (IX): en torno a la omnipotencia del estado**

''El jurista alemán Carl Schmitt, que por cierto vivió varios años en Galicia al acabar la Segunda Guerra Mundial, y conocido por ser uno de los creadores de las infames leyes habilitantes que permitieron establecer la dictadura de Hitler, fue un muy perspicaz y erudito analista político a pesar de su falta de escrúpulos morales, o quizás gracias a ella, pues para analizar bien la política hay que presuponer malicia y no bondad en sus actuaciones, como se hace desde la *Public Choice*.

Al analizarla así, en la mejor tradición realista, el autor destapa muchos de los mitos que envuelven el discurrir político. Sus críticas al parlamentarismo de su época, por ejemplo, son demoledoras. Fue él quien afirmó que la mayoría de los conceptos de la teoría política contemporánea no son más que conceptos religiosos secularizados. Por lo menos en lo que se refiere a los estados contemporáneos, parece tener razón, pues estos suelen atribuirse a sí mismos atributos de omnipotencia y la omnisciencia a imagen y semejanza del Dios cristiano. Se presupone que los estados cuentan con medios para resolver crisis de todo tipo, sean económicas, pandemias o desastres naturales. Incluso se apuntan méritos que no les corresponden a ellos, al menos en exclusiva, cuando se obtienen buenos datos económicos, educativos, sanitarios o incluso deportivos.

También supuestamente lo conocen todo, gracias a sus expertos y técnicos. Saben cómo gestionar cualquier incidencia y su saber es de una categoría superior a la del resto. Sus datos son oficiales y, por tanto, se presumen veraces, frente a los ofrecidos por instituciones privadas o incluso por organismos internacionales. En la pandemia se pudo ver cómo eran los expertos del estado los que dirigían la gestión de la crisis y cómo sus cifras eran las supuestamente verdaderas y las que importaban a la hora de cerrar o abrir territorios. Y buena parte de la población y de los medios de comunicación las aceptaban. De hecho, una de las funciones de los sistemas educativos estatales es la de construir esta creencia, de tal forma que lo que se enseña en el *curriculum*, y por tanto lo que entra en los exámenes, es lo oficial y verdadero, mientras que cualquier otra información queda relegada a mera opinión.

Pero el estado moderno no es para nada omnipotente, ni siquiera poderoso, como puede verse en la gestión reciente de los incendios, o hace poco con la DANA, el apagón o el volcán de La Palma, aparte de muchas otras cuestiones de la política cotidiana. Pero es en las catástrofes donde menos puede disimular su impotencia. Ni siquiera tiene fuerza para poder reparar los daños causados por estas catástrofes naturales. Las ayudas prometidas son en buena medida, aunque para ser justos no todas, avales de crédito que hay que devolver después. Tiene algo de razón entonces, aunque no lo dijo en el momento más adecuado, la directora general de Protección Civil, Virginia Barcones, cuando lamentaba que los gobiernos autónomos le pedían cosas imposibles de cumplir.

Incluso el más eficaz de los gobiernos del mundo sería incapaz de atender eventos extremos como los incendios del mes pasado por la sencilla razón de que no cuenta con medios suficientes, salvo que los pida prestados a otros países, en el caso de que estos no los necesiten también. El estado español cuenta con buenos medios, pero no son los suficientes para atender eventos que los desborden, pues no hay a corto plazo ni medios humanos ni materiales suficientes para atenderlos.

El problema es que la población, creyendo que el estado los protegerá en caso necesario, puede no tomar las medidas adecuadas de autoprotección que habrían minimizado los daños. Los recursos humanos y materiales son escasos y tienen coste, y otras veces no son disponibles a voluntad o de inmediato aun disponiendo de medios para poder pagarlos, pues hay que pedirlos, adaptarlos, y si no hay *stock* encargar su fabricación. Cuando se diseña la prestación de cualquier servicio público a medio y largo plazo se hace atendiendo a sus previsiones de uso en circunstancias normales, esto es promediando las necesidades de los últimos años.

Ningún servicio público es capaz de afrontar demandas extraordinarias del mismo sin que su calidad se resienta. Pensemos en la pandemia, por ejemplo, o ahora con los incendios. También hay que desterrar el mito de que la prestación de un servicio público es uniforme, esto es, que puede atender por igual a todos los territorios que engloba un estado cualquiera. La calidad de los medios nunca es exactamente igual, pues por pura lógica los medios más modernos se usarán en unos sitios y los más antiguos o de peor calidad en otros. La experiencia de la mano de obra nunca es la misma, pues hay territorios como Galicia, en la que los incendios son frecuentes, que cuenta con brigadistas bien

organizados y muy experimentados, mientras en otras zonas no cuentan con tales medios. En otro tipo de catástrofes sucedería muy probablemente al revés. [...]

Además, en muchas ocasiones el propio gobierno desalienta el trabajo de la sociedad civil afirmando que estos problemas son asunto de especialistas o de los expertos estatales. Algo que puede ser cierto, en el caso de que estos estén disponibles en número suficiente y que lleguen a tiempo. Si no, lo mejor es confiar en quien está más cerca. Por eso es bueno recordar que los estados no son omnipotentes, porque si no pueden dejar desamparada a la población [1]''.

1. Bastos, M. A. (2025a, September 26). Sobre el anarcocapitalismo (IX): en torno a la omnipotencia del estado. *WP Test*. <https://juandemariana.org/sobre-el-anarcocapitalismo-ix-en-torno-a-la-omnipotencia-del-estado/>